

EDITORIAL

Las bases de la sociedad moderna están fundamentadas en una fisura de lo tradicional; en la actualidad priman la individualidad, las nuevas necesidades de consumo, los nuevos valores sociales y la satisfacción de deseos materiales. Las expresiones sociales, resultado de infinitos momentos históricos, han generado nuevas formas de visualizar el futuro y han desencadenado una sociedad que, de manera creciente, demanda mecanismos por los cuales pueda conectarse con un mundo cambiante, crear formas variadas y eficientes de expresión, así como acceder al conocimiento y a la socialización de ideas y tendencias mundiales. En este sentido, la información, su veracidad y el acceso a ella cobran preponderancia en esta sociedad moderna.

La información guía el comportamiento y la opinión de quienes están expuestos a ella, y esto es bien conocido por quienes logran controlarla. Un claro ejemplo es la característica de los gobiernos autoritarios, los cuales, en búsqueda de sus objetivos, han manejado de manera arbitraria los medios de comunicación. Tal vez el caso más ejemplarizante es el de la Alemania de Hitler, en la que los medios fueron utilizados como un mecanismo de creación de la ideología

alemana; en esa oportunidad el control de medios fue la base con la que se difundió el mensaje de exclusión social en contra de una raza. De forma similar, en Colombia durante la dictadura de Rojas Pinilla se exigió el cierre de *El Tiempo* y *El Espectador* por mostrar opiniones contrarias a las del gobierno. Y en Venezuela, el presidente Hugo Chávez ha declarado la guerra contra algunos canales de televisión mientras que manipula otros medios de comunicación en lo que podría calificarse como una conflagración propagandista. Y es precisamente la propaganda el claro ejemplo de la manipulación de la información. En las guerras es común que los medios se utilicen como un arma en contra de los oponentes y de los ideales contrarios. En su novela titulada *1984*, el escritor George Orwell muestra un claro ejemplo de cómo la información en forma de propaganda política puede limitar la libertad de la sociedad, restringir su capacidad de pensamiento y, de esta forma, coartar la autonomía para determinar su futuro como grupo.

La propagación de información favorable al gobierno es uno de los problemas del control de los medios por parte del Estado. No obstante, la transición al libre accionar de las fuerzas del mercado no ha mejorado radicalmente las

cosas, simplemente se ha evidenciado un cambio en el rumbo de los intereses que representan, en donde los medios de comunicación se encuentran en el interior de una siempre desafortunada mezcla entre los negocios y la política.

En Colombia, al igual que en la mayoría de países del mundo, la libertad de opinión y expresión es uno de los derechos ciudadanos más importantes, desafortunadamente, el papel informativo de nuestros medios de comunicación, que debería facilitarlas, se encuentra en una situación precaria: en cuanto a prensa contamos sólo con un periódico de distribución nacional, que a menudo adopta posiciones políticas con las que dirige de forma marcada la opinión de muchos colombianos. La radio, con un alto nivel de concentración en algunas empresas, ha perdido relevancia en materia informativa en los últimos años. Este espacio ha sido ganado por la televisión, con lo cual el papel de la radio ha quedado relegado al entretenimiento y a la difusión publicitaria.

Pero la situación más dramática se encuentra en la televisión; los dos canales más importantes del país alcanzan, en conjunto, una participación de mercado cercana al 90%; el tipo de competencia que se desarrolla entre ellos parece seguir los lineamientos de algunos resultados de modelos de competencia de los que estudian los economistas, es-

pecíficamente, el principio de mínima diferenciación, en relación con el tipo de información que suministran. Este hecho es lamentable ya que, en general, proporcionan las mismas noticias, en el mismo momento y de la misma forma.

Adicionalmente, la información internacional es simplemente el “legado” de otras cadenas que venden la información, y que previamente enfrentaron entre ellas un tipo de competencia similar. Si bien este comportamiento es la forma más barata de producir noticias, como consumidores estamos accediendo al sentir de unos medios, con todos sus incentivos e ideologías respecto a todo tipo de acontecimientos nacionales y mundiales, llámense guerras, hambrunas, masacres, bombardeos, terrorismo, etc.

Como lo plantea Ignacio Ramonet —director del periódico francés *Le Monde Diplomatique*—, los objetivos para los cuales fueron creados los medios de comunicación, siendo estos, distraer, divertir e informar a quienes los observan, han sido cambiados por los de vigilar, anunciar y vender cualquier tipo de bien o servicio. Así pues, nuestro país, como muchos otros, ha sufrido un grave problema de manipulación en la información, de desinformación y desfiguración de la realidad, lo que ha llevado a que la percepción de la cotidianeidad política,

Ilustración: Carolina Manosalva. *La Tele*. 2005

económica y social de los ciudadanos sea parcializada o quizás contraria a lo que realmente está sucediendo.

Es preocupante darse cuenta que a pesar del estado de las cosas, esta realidad no parece mejorar y, por el contrario, tiende a empeorar. La situación de Daniel Coronell –periodista y columnista de la revista *Semana* y director de Noticias Uno– es lamentable. Las repetidas amenazas contra su vida y la de su familia, la cercanía al gobierno de Carlos Náder –la persona sindicada de estas amenazas–, el silencio del gobierno frente a este tema, y la decisión final de Coronell de abandonar el país, son sólo un ejemplo de la carencia en materia de libertades políticas y de expresión que enfrentamos. Desafortunadamente, este no es el único caso: las repetidas amenazas recibidas por Carlos Lozano –director del semanario de izquierda *Voz*– y la descalificación al desempeño de Hollman Morris –periodista de la BBC– por parte del presidente Uribe, acentúan el hecho mencionado. Otros hechos como la muerte del periodista Jaime Garzón (1999), con la que algunos señalan la muerte de eso que llamamos “sociedad civil”, o las repetidas amenazas contra otros miembros de menor renombre en esta profesión hacen replantear la existencia de la tan nombrada libertad de expresión.

Cuando se creó *Divergencia* éramos conscientes de esta realidad y propusimos crear un lugar para la opinión. De forma paradójica, estos acontecimientos posteriores nos han señalado con más ímpetu la necesidad de tener medios libres y mayores espacios para una opinión abierta. La posibilidad de una transformación democrática de la sociedad tiene cabida cuando ésta participa en la toma de decisiones acerca de los problemas que la afectan, pero es claro que una condición necesaria para que esta participación se lleve a cabo es la libre opinión. Ya vimos que la opinión de una reducida minoría puede tener un desenlace desafortunado, pero una sociedad que opina y decide tiene mayores oportunidades. Parafraseando a Eduardo Galeano¹, uno de los objetivos que nos hemos trazado es luchar por una sociedad en la cual “la gente (...) no será programada por la computadora, ni será comprada por el supermercado, ni será mirada por el televisor”; aspiramos llegar a una sociedad en la que por lo menos “los economistas no llamen nivel de vida al nivel de consumo, ni llamen calidad de vida a la cantidad de cosas”, sino que, por el contrario, todos sean tratados por lo que realmente es su nombre, seres HUMANOS y donde el derecho a opinar, pensar y expresarse libremente se ejerza en toda su magnitud.

Comité Editorial
Revista Divergencia

¹ Eduardo, Galeano, . (1999) Patas Arriba, “El derecho al delirio”. Argentina.